

Ciudad Negra

Por Silvano Güilzo

El día de su muerte, el polaco se levanta de la cama a tientas. Camina a oscuras hasta el lavabo y tira del cable de la bombilla. Se rasca el cogote y bosteza ante los ojos envejecidos que le miran desde el otro lado del espejo. El polaco es joven pero tiene óxido en la mirada. Se afeita en silencio a la luz blanca de la bombilla y al terminar se mira las manos llenas de callos como queriendo leerse un futuro donde solo hay presentes y dedos chatos con poca uña. Se echa encima algo de abrigo, coge la bolsa de deportes con sus cuatro herramientas y el bocadillo y sale cerrando con llave la puerta de la habitación.

Recorre un pasillo en penumbra y cuenta otras siete puertas como la suya. Los ronquidos de alguno de los residentes y el chorreo de una meada que retumba en las baldosas son las únicas llagas que le salen al silencio helado de la pensión. Por debajo de la puerta del váter se escapa una línea de luz que lo ayuda a llegar al descansillo sin tropezar. Huele a rancio, a sobaco, a humo de tabaco negro, a cemento.

Baja una escalera y pasa frente al chiscón del conserje, un cholo de Quito que nunca duerme pero que tampoco está nunca del todo despierto. "Buen día, polaco". El polaco tiene frío y está solo pero le gusta decir que esto son mariconadas, que hay que pasar un invierno en Varsovia antes de hablar del frío. Lo dice porque tiene más soledad que frío y los oídos del cholo le dan el calor que le cicatea su gabardina de mercadillo. El otro no contesta y sonríe con una mueca boba sin dejar de mirar la pantalla de un televisor que le colorea la cara de azul. Al cholo todo le parece bien. Incluso que su mujer tarde tres horas en limpiar la habitación de seis metros cuadrados de Dimitri, un carterista ruso que se las da de mafioso porque tiene una pistola de la guerra de Afganistán. De la primera.

El polaco sale a la calle y echa a andar con el pecho inflado, con su cara triste de condenado digno. El conserje no lo mira irse, ni siquiera se sobresalta con el portazo. Blam! El frío y la madrugada le pesan ya en los riñones, le pesa la vida desde hace años, y la cara triste se vuelve un poema que dice que teme transformarse para siempre en personaje de este lienzo apocalíptico en el que vive y que repugna a todo el que lo mira, que fascina por su inhumana crueldad. Teme quedarse pegado aquí, como se pega la copa de anís a la barra del bar de Román al cabo del rato. Teme que el cansancio que lo adormece las noches frente al televisor del bar, abrazado a un cubata, lo camele y en lugar del chirrido de la verja metálica y la palmada de Román en el hombro sea el tiempo el que lo despierte, el tiempo que se ha pasado. Y que quien haya echado el cierre no sea Román sino la parca y que se le haya pasado el turno de optar al paraíso de arrabal que había intuido en los muslos de las azafatas del telecupón.

El polaco marcha a buen ritmo por un camino sin asfaltar que corre paralelo a una autovía aún tranquila. La helada cruje bajo sus botas y las botas del grupo de árabes que se le une saliendo del descampado en una versión mansa y suburbial del cuarto estado de Pellizza. Paralela al camino, una fila interminable de postes eléctricos con forma humana recuerda a una sarta de penitentes enhebrados a una soga. Algo más allá se intuye en las sombras la vía del tren de cercanías en la que más de un desgraciado ha puesto el punto final. Y a lo lejos los rótulos de colores amargos de las naves del polígono industrial dan al conjunto un aspecto entre un belén kitsch y una ciudad negra de Meunier. Una lluvia fina flota suspendida y parece no caer.

No hay palabras que se puedan pronunciar tan de madrugada. Sólo se oye al moro más jodido pararse y toser para mondar la garganta. Sus rugidos suenan como palas clavadas en la grava y termina escupiendo una flema con forma de quejido por esta puerca vida. Ninguno deja de caminar.

Algunas luces amanecen en los edificios de ladrillo del otro lado de la carretera. Decenas de antenas parabólicas trepan como líquenes por las paredes y parecen suplicar que algún satélite compasivo les envíe otros días y otros horizontes. El polaco piensa que tanta fealdad es sólo aceptable en el lugar en el que uno nace o en el que muere, simplemente porque no se eligen y uno queda inevitablemente atado a ellos pero que en cualquier otro momento debe rehuirse como la peste. Hubiera evocado la belleza de su pueblo montañés pero los mecanismos del recuerdo están totalmente anquilosados. Es el resultado de la selección natural. Los que recuerdan amanecen muertos por las mañanas en burdeles de carretera. El polaco piensa que conservar la cabeza en la mierda lo sacará de ella. No es buen gobierno tener la cabeza en las nubes. Hoy tampoco abandonará. Un día más.

La boca del metro lo engulle como un Saturno reptil e ilegítimo porque él no es hijo de nadie, el polaco es un desheredado. Pasa el cupón de su abono de transportes y se mira joven en la foto que se hizo hace años en su país y en la que apenas se reconoce. Los vapores de las galerías calientan las orejas. Se siente frágil y duro al mismo tiempo. Desea quedarse al calor del metro para un minuto después despreciarse por haberlo hecho. Suelta la bolsa junto a sus pies y se queda de pie junto al borde del andén. Al polaco le gusta arrimarse como un torero para sentir la subida de adrenalina a la llegada del tren. Olé!

En el vagón el polaco se sienta tímidamente, como pidiendo permiso en una esquina llena de árabes bajo un cartel de colores que cita el quijote para promocionar la lectura. Hace meses que prometió por teléfono a su hija que le escribiría una carta. Mete la mano en el bolsillo de la gabardina y saca una cajetilla de tabaco que arrastra sin querer una servilleta con un numero de teléfono y el nombre de una mujer escritos. Ofrece un cigarro sin hablar al saco de patatas informe del asiendo de al lado. No le contesta. Ni siquiera gira el cuello para mirarle. El polaco piensa que no le ha oído y le toca el brazo acercándole la cajetilla.

- Llevas mucho aquí?

El otro se gira lentamente y le mira en silencio a los ojos con un gesto de roca aterrador. Toma un cigarrillo y lo envuelve cerrando el puño y metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta para luego retornar a su estado inerte. El polaco aprende a no hablar hasta después del anís. Se pone un cigarro en los labios y espera en silencio.

En el otro extremo del vagón un estudiante hojea un libro y el polaco lo mira como mira el cholo, con una mirada ingenua y profundamente triste. Pensamientos funestos y dulces se alternan como los túneles y las estaciones en el trayecto. Siente por un instante el deseo de ejercer con violencia un acto de justicia que intuye sin llegar a comprender y romperle la cara a ese cabrón o a cualquier otro pero baja la mirada e inspira profundamente. Próxima estación Vista Alegre. Hoy es lunes.

El día de su muerte el polaco sale del metro con ganas de hablar pero calla. Enciende el pitillo y acelera el paso como queriendo abreviar el tiempo. Aún faltan al menos dos horas para que amanezca pero las calles van recuperando el pulso. Entra a un café que linda con la obra y se coloca junto a un grupo de peones que beben en silencio. Huele a tabaco negro y a colonia barata. El humo hace llorar los ojos y el zumbido de la televisión se cuela entre las conversaciones de los jefes de obra. El polaco pide un sol y sombra y apura los últimos minutos antes de entrar a la caseta y enfundarse el mono. Un presentador con cara de sepia habla de razones y de sindicatos que van a la huelga. El polaco saca unas monedas color cobre del bolsillo y las cuenta con lentitud, torpe. Deja en la barra la cantidad exacta haciendo una pila con ellas y pregunta a la caterva de desgraciados con los que se calienta el pasapán si ellos pertenecen a algún sindicato.

- Al sindicato aciago, polaco.- Le contesta con una entonación vacilona y llena de "ejes" un chaval joven, rapado al cero y con dos pendientes de aro en su oreja derecha. El polaco no entiende pero tampoco pregunta lo que significa aciago.

El día de su muerte el polaco sube al andamio y cae desde una altura suficiente, no más, sin grandes pretensiones, sin hacer repaso de su vida durante la caída, perdonándose ese castigo y sólo pensando que uno muere como ha vivido. Queda hecho un guiñapo junto a un muro que él mismo había construido. Como un fusilado. Llueve.

El día de su muerte el polaco habría ojeado las fotos manchadas de grasa de la hoja de revista con que envolvió el bocadillo. Habría rumiado con indiferencia el chorizo que le vendió Vanesa, la chica de la charcutería del centro comercial que está desesperada por echarse un novio y que cuando lo ve, le dice lo rubio y lo fuerte que es y lo azules que son sus ojos. Que prefiere otra cosa que un albañil extranjero, es cierto, pero pase, y que da su teléfono móvil en papelitos por si quieren llamarla.

El polaco se habría embelesado sentado en un tablón viendo que la mujer de la foto se parece a Vanesa y también a Nadia, la madre de su hija, que lo dejó por un militar. Se da incluso un aire a la mujer del cholo y a la puta

que se acerca a la pensión a hacerle una felación cada vez que necesita que el polaco le tape una gotera o que le suba a su habitación del quinto una nevera de segunda mano. Va mejor vestida, pero se les parece a todas.

Habría tirado el papel a la hoguera que crepita dentro de un bidón vacío y habría puesto sus manos sobre ella para calentarlas, mientras la modorra de la digestión amenazaba con agarrarlo a traición por el cogote. Habría eructado virilmente mirando consumirse entre las llamas la hoja de revista y oyendo caer los chorros de lluvia desde los canalones a medio hacer.

El día de su muerte el polaco habría pensado si iba a ser ese el día de su muerte, o si sería el siguiente. Habría dado vueltas a esa idea en su cabeza mientras regresara sentado en el metro, rodeado de jóvenes con mochilas, de madres con niñas de la mano, de funcionarios, de extranjeros. Se habría mirado las manos sin futuro y hojeado uno de esos periódicos gratuitos que reparten a la entrada y que son como culebrones impresos. Habría leído en la contraportada la historieta ganadora en algún concurso para lectores inquietos sobre un condenado a muerte al que aplazan una y otra vez la ejecución. Un condenado que día tras día es conducido de su celda al paredón. Las armas cargadas, la extremaunción, los ojos vendados.... Y todo para comunicarle día tras día en el momento culminante que la ejecución ha sido aplazada veinticuatro horas. El polaco habría encontrado divertida la historia y la leería de nuevo porque no domina el castellano y el verso pastoso y engolado del escritorcillo en ciernes se le atraviesa en algunos giros.

El día de su muerte el polaco, como todos los días habría vuelto a la pensión, dejado la bolsa de deportes en su tabuco y bajado al bar de Román a pasar un rato. Tal vez en el camino habría parado en el locutorio donde la mujer del cholo pasaba las horas que no dedicaba a Dimitri, charlando con la dependienta colombiana y vendiendo arepas y frascos de arequipe a las jovencitas mestizas que hacen cola para hablar diez minutos con sus madres o para mandar un correo electrónico a sus novios. Tal vez hubiera entrado para llamar a Vanesa y proponerla ir el sábado a ver una película y cenar un bigmac en el multicine de treinta salas que han abierto en la salida cinco de la autovía. La autovía que el polaco bordea cada madrugada.

El día de su muerte el polaco habría contado a un Román indiferente que tenía una cita y se habría tomado otro vodka con hielos para celebrarlo. O más bien lo hubiera celebrado por tomarse otro vodka. Habría vuelto a su habitación y se habría sentado en la cama con una foto de su hija con dos coletas y sonriente en una rodilla y en la otra una postal vieja de la Cibeles recortada de una tira de doce en forma de acordeón que el cholo había comprado un domingo en la plaza mayor. El día de su muerte el polaco se habría quedado dormido justo después del “querida hija...” con el bolígrafo bic naranja de la caja de ahorros en su mano izquierda.